

## DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(BOCETO HISTÓRICO)

**C**ABALLERO, soldado, poeta y sacerdote, la vida de este genio inmortal no puede ser más admirable.

Nacido en Madrid el 17 de Enero del año 1600, estudia en la entonces famosa universidad de Salamanca, hasta graduarse de bachiller: escribe su primer obra dramática, *El carro del Cielo*, cuando apenas contaba trece años; abraza, luego, la profesión de soldado; lucha en Italia y en Flandes, y llega a *capitán de corazas*, sin por eso olvidar a sus queridas Musas, que cada día, y en cada obra, le coronan con nuevos laureos; y en 1651 se ordena de sacerdote, alcanzando, por sus grandes méritos, el hábito de Caballero de la Orden de Santiago, un beneficio en los Reyes Nuevos de Toledo, una capellanía de honor en Palacio, y el nombramiento de Hermano Mayor de la Congregación de Presbíteros naturales de Madrid.

En esta época su celebridad traspasa las fronteras de España y se hace europea. Su talento lo abarca todo, y a todas partes llega su esclarecido nombre.

Halagado de todos, cubierto de aplausos, admirado de propios y ex-

traños, falleció en su villa natal, el 25 de Mayo del año 1681, siendo su entierro una de las manifestaciones más grandes de dolor que registra la historia de aquella época.

\*\*

El monumento elevado a su gloriosa memoria en la Plaza de Santa Ana, frente al «Teatro Español», es obra del distinguido escultor catalán don Juan Figueras, y figuró, con general aplauso, en la Exposición de 1877. Adquirido por el Estado, fué cedido por éste al Ayuntamiento de Madrid. La Academia de San Fernando propuso al señor Figueras para Comendador de la Orden de Carlos III, que el Gobierno se apresuró a concederle en justo premio a tan hermosa obra, cuyos bajo relieves son también del señor Figueras, quien tuvo la dicha de ver el Centenario de su ídolo, falleciendo en el mes de Diciembre de 1881.

¡El Centenario de Calderón!

¡Qué español no recuerda orgulloso aquella fecha! Lisboa, Oporto,



Dibujo de J. JIMÉNEZ ARANDA.

Berlín, Stuttgart, París, Roma, y cien ciudades más, enviaron a él sus hijos más ilustres.

En aquella gran solemnidad tomaron parte las Universidades, el Congreso, el Senado, los Ayuntamientos, las Diputaciones, los literatos, los artistas, la marina, el ejército, el clero, el comercio, la industria, los gremios, celebrándose en honor de Calderón, exposiciones, congresos, funciones teatrales, reuniones y fiestas, de las cuales la *Procesión histórica* fué, sin duda alguna, la que produjo mayor efecto, conservándose de ella preciosos recuerdos.

Heraldos a caballo llevando en los banderines los títulos de las obras más notables de Calderón: los artistas españoles y extranjeros, de etiqueta; la carroza de los herreros, admirable reproducción de los trabajadores del siglo XVII; la de los maestros de obras; la del Círculo de la Unión Mercantil; la de la Prensa; la de las sociedades de Escritores y Artistas; las de América; la del ejército, fidelísima reproducción de los soldados de infantería, caballería y artillería, compañeros de Calderón; las del Ayuntamiento y la Diputación; detrás las comisiones españolas y extranjeras, cerrando la marcha un pueblo entero, orgulloso de haber contado con un don Pedro Calderón.

Cuando, al llegar la comitiva frente a la estatua, se inclinaron ante ella todas las banderas, al grito de ¡Viva España!, lágrimas de gozo, lágrimas salidas de lo más profundo del corazón, surcaron las mejillas de cuantos presenciaron tan conmovedora escena.

Digamos algo del poeta.

Rey de la comedia de intrigas, aún se conocen hoy las de variados sucesos por la frase *lances de Calderón*: conjunto de las facultades humanas, escribe tragedias de tan alta valía como *La hija del aire* y *El mayor monstruo los celos*; obras de tan gran filosofía como *La vida es sueño* y *A secreto agravio secreta venganza*; comedias de tanta importancia como *El alcalde de Zalamea* y *El médico de su honra*, y tan graciosas como *La dama duende* y *Otra casa con dos puertas*; autos sacramentales, — género en que no tuvo rival, — tan inspirados como *La primer flor del Carmen* y *La púrpura de la rosa*; zarzuelas tan entretenidas como *El golfo de las Sirenas* y *El jardín de fallerina*; entremeses y jácara tan chistosos como *El dragoncillo* y *El desafío de Juan Rana*, *El mellado* y *La chillona*.

Según el erudito don Juan Eugenio Harzembusch, escribió ciento y veinte obras dramáticas, a cual mejores: su biógrafo, Vera Tasis, dice que pasan de ochenta los autos sacramentales y de ciento los entremeses, sainetes y jácara.

En don Pedro Calderón resplandecían la grandeza de su genio colosal; la elevación de sus pensamientos, tan nobles como profundos; y la universalidad de conocimientos, plenamente demostrada en cuantas obras escribió. Sus concepciones son tan vastas como admirables. Calderón es un poeta, un autor que, adelantándose a su tiempo, no pinta individuos, pinta al hombre y a la mujer, reales y verdaderos. El ilustre autor de *La vida es sueño*, resulta, estudiado en sus obras, filósofo y

poeta, profundo y chistoso, reflexivo y entusiasta, festivo y razonador, trágico y cómico, moralista y satírico.

Con don Pedro Calderón, dice el señor Escosura, perdió el teatro un príncipe, España un poeta laureado, la iglesia un ejemplar sacerdote, los pobres un bienhechor, las letras un maestro, cuantos le conocieron y trataron un amigo afectuoso, un discreto consejero y un acabado modelo de todas las virtudes sociales.

¡Bien merece tales elogios el hombre que, consagrado por completo a su patria, a la poesía y a la iglesia, fué siempre un modelo de soldados, de escritores y de sacerdotes!

No ha mucho fueron trasladadas sus cenizas, de la iglesia de San Pedro (presbíteros naturales de Madrid), sita en la calle de la Torrecilla del Leal, al nuevo templo que esta Congregación posee en la calle Ancha de San Bernardo, con numeroso y distinguido acompañamiento.

Digamos, para terminar este ligero trabajo, que la muerte de don Pedro Calderón se consideró en Portugal, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, como una desgracia universal. ¡Tan colosal era su renombre!

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Dibujo de TORNÉ ESQUIÚS.

### VIDA ALEGRE

### Y MUERTE TRISTE

**L**a primera vez que la vi fué en el teatro, en una función de moda. Todo el mundo elegante estaba allí reunido, no divisándose en los palcos y las butacas más que fracs de gran lujo, repteros de condecoraciones, y vestidos cuyos brillantes relampagueaban.

Estaba sola, mirando con abandono aquí y allá, no prestando gran atención al espectáculo. Para ella, la verdadera comedia se representaba en la sala, y por esto mismo, de vez en cuando cambiaba lánguidas miradas con un viejo instalado en un palco interior, que a su vez no la perdía de vista.

Yo tampoco me fijaba mucho en lo que pasaba en la escena, atraído por aquel pálido rostro encuadrado por trenzas de cabellos negros.

Verdaderamente, no podía apartar la mirada de aquella hermosura extraña, singular, sugestiva, mucho más atrayente y llena de encantos que todos las que la rodeaban, merced al vivo brillo de sus grandes ojos azules.

La función tocó a su fin. Me apresuré a salir, para contemplarla más de cerca, y la vi subir a su *coupe* en donde me pareció apercibir ya instalado el viejo del palco que antes la miraba con ojos de sátiro, insolente y atrevido.

\*\*

La segunda vez que la vi, estábamos en el campo. Era una preciosa tarde del mes de Abril, deliciosa época en que la naturaleza con galanuras de fiesta celebra el regreso de la primavera. La podía entonces mirar con mayor libertad, puesto que me acompañaba y vivía conmigo en la intimidad de los primeros amores. Decir cómo había sucedido aquello,

no lo sé. Lo cierto es que nos encontrábamos sentados sobre el césped, rodeado de malezas. El traje de raso que usaba antes, lo había reemplazado por una falda de percal, y el lugar de los brillantes ocupabanlo perlas de coral sin más valor que aquél que mi estimación les había concedido.

Cariñosamente la apretaba sobre mi corazón, diciéndola que la quería.

Ella se mostraba feliz oyendo mis declaraciones apasionadas y fijaba sobre mi sus azules ojos, en los cuales parecía reflejarse el cielo, cuya bóveda infinita, hubiérase dicho que nos protegía.

Su aliento se confundió muy pronto con el mío.

Hasta entonces no había yo sentido las delicias ni las exageraciones del verdadero amor.

\*\*

La última vez que la vi, fué en una sala triste y desnuda de un hospital. Sus instintos inconstantes habían vuelto a apoderarse de ella, y esto me había desconsolado tanto más cuanto que me figuraba haberla convertido para siempre a la vida tranquila y sosegada del hogar honrado y lleno de esperanzas.

Y por más que ella me hubiese repetido que me quería, el día menos pensado desapareció, impelida por su sed de placeres y por su amor a la variación y a lo desconocido.

Ya hacía dos años.

Había ido yo a pasar la tarde con un buen amigo, jefe interno en el hospital de Lariboisière. Llegados a la cama de la enferma, la reconocí pronto, a pesar de que su rostro lívido no tuviera nada de común con el cutis rosa de otros tiempos. Una tos característica acabó de indicarme a qué enfermedad sucumbía la desgraciada.

Me acerqué y la apreté las manos, que tenía frías y descarnadas. Contestó con un débil apretón y dos lágrimas aparecieron en sus ojos, que ya no eran tampoco aquellos ojos que tantas veces había admirado: estaban nublados, apagados y como indiferentes a las cosas del mundo.

¿Lloraría de remordimiento por haberme dejado tan solo, tan triste y sin consuelo? ¿Echaría de menos la vida alegre a que no había de volver, ó bien pensaba en sus padres y en la sana educación de ellos recibida, sintiendo haber malgastado su juventud, no dejando de su paso más que un triste recuerdo en esta tierra?

—Tisis galopante — me dijo mi amigo al retirarnos. — No pasará la noche.

—Prométame — le contesté jugando una lágrima — no mandar hacer su autopsia.

La infeliz, más bien merecía el olvido que la exposición en el anfiteatro del hospital.

Y, en efecto, dollame el corazón al pensar que aquel cuerpo que había acariciado con tanta ternura había de ser descuartizado por el bisturí.

Mi amigo atendió mi súplica.

Al día siguiente conducían al cementerio, en el furgón de los pobres, el cadáver de la que había tenido coches y caballos.

Y desde entonces, cuando veo con adoración [por que he de negarlo! unos bellos ojos azules, no puedo evitar que mi pensamiento corra a buscar a aquella infeliz, a quien, sin duda, le habrá sido perdonado mucho, porque mucho había pecado también en este mundo.



Dibujo de TORNÉ ESQUIÚS.

José PELA Y ROBIN

JUAN ROIG SOLER



DEL NATURAL

RICARDO BRUGADA



JARDINES DEL GENERALIFE (GRANADA).